

Fernández, Víctor Manuel

¿Qué es un catequista? Mi verdadera identidad

Didascalía : Revista mensual para la enseñanza religiosa, N° 574, 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor Manuel. *¿Qué es un catequista? Mi verdadera identidad* [en línea]. *Didascalía : Revista mensual para la enseñanza religiosa*, 574 (2004).

<http://www.salesianoslitoral.org.ar/equipos/eics/didascalía/200408art1.asp> Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/que-es-un-catequista-identidad-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

¿Qué es un catequista? Mi verdadera identidad

Víctor Manuel Fernández

¿Qué es un catequista? La respuesta parece obvia, pero no estemos tan seguros. Casi siempre, lo que decimos de un catequista podría decirse de cualquier cristiano, o de un profesor, o de una madre. Pero en la misión del catequista hay algunas notas distintivas, que son propias de su tarea. Reconocer esas características es muy importante. ¿Qué importancia tiene descubrir mejor qué es lo que distingue a un catequista de los demás? Nos permite apasionarnos más con la misión que Dios nos ha regalado, porque nos hace descubrir cómo nuestra vida es transformada por esta misión. La catequesis se convierte en una fiesta cuando sentimos que nuestra identidad propia está tan marcada por esta misión que ya no podemos entendernos a nosotros mismos sin ella.

Antes de ser catequistas somos cristianos.

1. Identidad cristiana

a) Es cierto que antes de ser catequistas somos cristianos. Por eso, podemos decir que un catequista es alguien que ama a Dios. Conviene decirlo, porque Dios es el sentido último de nuestras vidas. Es cierto que hay catequistas que no están muy convencidos del amor que Dios les tiene, o que escapan de su presencia. Les gusta la tarea, pero la viven al margen de su relación con Dios. Es necesario reconocer el llamado permanente a una mayor y más profunda amistad con Dios. Pero esto vale para cualquier cristiano, no sólo para un catequista. Se suele decir, en un brote de romanticismo, que un catequista es alguien "enamorado de Jesús". Me parece muy bien. Pero eso mismo debería decirse de un monje, de un misionero, etc.

b) También es cierto que un catequista es alguien que ama a los hermanos. Vale la pena recordarlo. Porque hay catequistas que hacen de su tarea un refugio para escapar de los demás, porque no quieren comprometerse en el diálogo con los otros, porque no soportan al resto, porque no toleran que alguien discuta sus ideas, porque no saben trabajar comunitariamente. Pero entregándose a ese pequeño grupo de niños donde nadie puede discutirles lo que dicen, encuentran seguridad. Por eso, es bueno reconocer que, también para el catequista, el amor al prójimo es "el único precepto" (Gál 5, 14). Cada día el catequista tendría que recordar que "quien aborrece a su hermano está en las tinieblas" (1 Jn 2, 11). La primera respuesta al amor de Dios es crecer siempre más en el amor a todos. Pero esto vale para todos los cristianos, sin excepción. Por lo tanto, esto tampoco basta para decir qué es un catequista.

c) Es verdad que un catequista es una persona profundamente mariana, que se siente de corazón parte de la Iglesia y vive en comunidad, que medita la Palabra de Dios, que ora, que tiene su centro en la Eucaristía y trata de dar buen testimonio. Todo esto es y debe ser cada vez más cierto. Porque es cristiano, y no puede ser catequista sin ser cristiano. Pero todo esto vale para cualquier cristiano. No es suficiente para decir qué es lo que distingue a un catequista de los cristianos que tienen otras vocaciones.

2. Identidad personal

Además de decir que un catequista es un buen cristiano, hay que afirmar que cada catequista tiene su identidad personal. Dios lo ha creado único e irrepetible. Tiene un nombre propio y Dios lo conoce, lo ama y lo llama con ese nombre. Por eso no hay un molde común y existe una gran variedad de catequistas. Cada uno es cristiano y es catequista a su modo, con su sello personal. Porque cada ser humano es directamente querido por Dios, con características que lo distinguen de todos los demás y con una historia personalísima. Cuando se entrega a la misión y se integra en una comunidad, no es necesario que copie exactamente el estilo, los gustos, las técnicas y formas de expresarse de los demás catequistas. Tendrá que desarrollar un modo propio de ser catequista, donde se exprese lo mejor de su forma de ser, de su estilo, de sus capacidades. El

llamado a vivir en comunión no anula la diversidad, sino que la promueve, porque esa diversidad vivida en el amor enriquece a la comunidad.

3. Identidad catequística

Pero veamos ahora qué es lo que distingue a la catequesis de las demás tareas que se realizan en la Iglesia. Sólo eso nos permitirá captar qué es lo que distingue a un catequista de los demás cristianos. Si hay algunos elementos que distinguen a un catequista de cualquier otro cristiano, esos elementos deben surgir de su misión. Su tarea diferente es la raíz de las características que lo distinguen.

A partir de la tarea catequística podemos captar algunos acentos y algunas notas específicas del catequista: Los acentos son características comunes con los demás cristianos, pero que en un catequista se acentúan. Las notas específicas son modos de explicar cuál es la misión propia de un catequista.

a) Acentos

Amor a la Palabra: Todo cristiano está llamado a conocer y amar la Palabra de Dios, a meditarla, a dejar que ilumine su vida, y a comunicarla a los demás. Pero en el catequista hay un llamado especial a estar cerca de la Palabra. Se puede comprender que un obrero o un ama de casa no dispongan de tiempo necesario y no se detengan todos los días ante esta Palabra. Pero eso no se puede aceptar en un catequista. Porque es la Palabra, y no cualquier enseñanza, lo que debe comunicarse en la catequesis. Aun cuando el catequista trate de fomentar nuevos comportamientos, siempre se tratará del estilo de vida que propone la Palabra de Dios. Por eso es indispensable que el catequista dedique bastante tiempo a la Palabra, para estudiarla, para meditarla, para orar con ella, para buscar los modos de transmitirla, etc.

Ser lo que uno trasmite: Otros acentos brotan de la tarea específica que realice como catequista. Si su acción catequística verdaderamente se encarna, entonces su propia identidad se dejará transformar por los destinatarios de esa actividad. No es lo mismo un catequista que prepara niños para la primera comunión que un catequista que organiza cursos de formación para adultos. En el caso del catequista de primera comunión, por ejemplo, es evidente que esta tarea debería convertirlo en un ser profunda y peculiarmente eucarístico. Si es un catequista que prepara para la confirmación, eso deberá manifestarse en un especial afecto a la persona del Espíritu y a su acción en el ser humano. En el fondo, lo que estamos diciendo se sintetiza en lo siguiente: El catequista hace carne aquello que permanente y repetidamente tiene que comunicar a los catequizandos. Vive de un modo destacado aquello que más le preocupa transmitir.

b) Notas específicas

Es un apóstol del crecimiento cristiano a la luz de la Palabra.

Esta es la primera nota de la tarea catequística. Su misión no es principalmente acercar ayudas a los pobres, ni organizar las celebraciones litúrgicas, ni ocuparse de la restauración del templo, ni discernir cuáles son los carismas de los demás, ni asesorar espiritualmente a las parejas en crisis. Como buen cristiano puede prestar su ayuda en esas tareas, y ocasionalmente su misión le exige hacerlo; pero esas no son las actividades que los distinguen "como catequista". Tampoco es un distintivo del catequista acercar a la Iglesia a los que están lejos, ni procurar convertir a los pecadores. Su tarea no es acercar el primer anuncio a los que rechazan a Jesús ni evangelizar un

barrio donde no hay ninguna comunidad cristiana. La tarea del catequista propiamente comienza allí donde ya se realizó un primer anuncio de Jesucristo y donde las personas ya tienen fe, aunque esa fe sea débil. Precisamente, el catequista se hace presente para hacer crecer esa fe, para alimentarla con la Palabra de Dios y lograr que la persona llegue a la plenitud de su encuentro con Jesucristo en la Eucaristía, en la Confirmación, en un mayor compromiso, en una mejor integración comunitaria, etc. Por eso podemos decir que el catequista es un apóstol del crecimiento. Su pasión es ayudar a hacer crecer eso que el Espíritu Santo ya ha sembrado en los corazones, para que llegue a la plenitud. Pero el instrumento que utiliza el catequista para fomentar este crecimiento es en primer lugar la Palabra de Dios. Todo lo que hace se orienta a

lograr que las personas se dejen iluminar por esa Palabra y así puedan madurar y entregarse más.

Es apóstol de un pequeño rebaño.

Otra nota distintiva del catequista es que su misión se dirige a un grupo reducido y constante de personas que acompaña durante un período más o menos prolongado. Esto le permite crecer en una relación cercana e íntima, alimentada por una frecuencia generalmente semanal. El sacerdote normalmente no tiene de esas personas el conocimiento que posee el catequista, porque no puede tratar a todos los fieles de una parroquia o de un colegio con esa misma frecuencia. El catequista no alimenta el crecimiento de los demás con la Palabra a través de la homilía, sino en el encuentro catequístico. Es cierto que la homilía es una forma de catequesis – y debería ser cada vez más “catequística”–. Pero la homilía normalmente se dirige a un grupo más amplio de personas y se desarrolla en el contexto de una celebración litúrgica. El catequista desarrolla su misión en un encuentro más personalizado siguiendo los pasos del encuentro catequístico, que supone una motivación adecuada donde los catequizandos asumen un papel más activo, y una aplicación comunitaria del mensaje. La dedicación más cercana a ese grupo reducido de personas, hace que vaya creciendo una verdadera amistad con ellos, en un trato muy personalizado y frecuente que un sacerdote no podría tener con los miles de miembros de una parroquia. Por eso decimos que una característica del catequista es ser “apóstol de un pequeño rebaño”.

No hay un molde común. Cada uno es cristiano y es catequista a su modo, con su sello personal. Vive la paciencia, la adaptación y la creatividad de un maestro.

Cuando comunica la Palabra a ese pequeño grupo, el catequista no es un disertante, un genial investigador que explica su ciencia. No es un catedrático que lee sus apuntes profundísimos, ni es un especialista que trata de demostrar sus argumentos.

El catequista es un maestro, un pedagogo que dedica la mayor parte del tiempo a preparar los corazones con una ambientación correcta, con una motivación adecuada; y luego de una breve exposición, procura llevar a los catequizandos a reaccionar ante la Palabra expresando lo que han recibido en alguna aplicación práctica, personal y comunitaria.

Por otra parte, el catequista es un docente, pero no al modo de un profesor de teología, que dedica una buena parte de sus horas de clase a exponer, y que debe dar prioridad a los contenidos. Si bien la tarea del docente de teología puede ser más o menos pedagógica, participativa, con una dimensión espiritual y existencial, sin embargo siempre deberá explicar contenidos conceptuales con profundidad teológica, deteniéndose a exponer los fundamentos y la lógica de sus afirmaciones. En el catequista esto no es ciertamente lo principal (aunque en una catequesis de adultos deba estar más presente algún desarrollo especulativo).

En la catequesis interesa asegurar unos contenidos básicos, pero en cada encuentro catequístico –sin excepción– se procura que las personas tengan ante todo un encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios que profundice su conversión y las oriente a crecer en la oración y en un mayor compromiso cristiano.

En este proceso tiene gran importancia la metodología, el uso de recursos, dinámicas, motivaciones, aplicaciones, formas de oración, signos, etc. Se trata de que los contenidos básicos que se pretende transmitir sean fácilmente captados y valorados por los catequizandos. De hecho, cuando se usa el adjetivo “catequístico”, normalmente queremos decir que es algo fácil de comprender, claro y atractivo.

Sin embargo, cuando hablamos de un ministerio catequístico, todo esto implica también un orden y una planificación, como debe hacer cualquier buen “maestro”. Es cierto que una madre también es catequista a su manera, y es necesario que así sea.

También es cierto que en el pueblo de Dios hay muchas formas valiosas de catequesis “popular”, espontánea, no organizada. Pero cuando hablamos de un “ministerio catequístico” pensamos en una catequesis organizada y constante, que implica una continuidad, un orden, una preparación, una metodología propia y una planificación propia de quien asume la función de “maestro”.

Otras características que el catequista tiene en común con todo maestro son estas tres notas:

La paciencia con las debilidades, los tiempos, el ritmo y el proceso de cada uno, sabiendo que todo crecimiento verdadero requiere mucho tiempo.

La adaptación a la forma de ser, a las ideas, a los gustos y experiencias de cada uno, partiendo de lo que los demás están viviendo.

La creatividad, para buscar constantemente formas nuevas y mejores de transmitir la Palabra, para formarse permanentemente en nuevos recursos, para encontrar ejemplos más claros, motivaciones más bellas, maneras más adecuadas de tratar a los demás, etc.

Con este pequeño aporte, invito a todos los catequistas a crecer en la conciencia de la dulce misión que se les ha confiado, para agradecerle a Dios con ternura, para identificarse profundamente con esa misión, y para crecer en el entusiasmo de ser catequistas.

Pero también, los invito a seguir reflexionando sobre esta cuestión, de manera que entre todos podamos reconocer mejor el perfil propio del catequista, dentro de la variedad y riqueza de vocaciones que el Espíritu Santo derrama en la Iglesia.